

LA PAJARA PINTA

PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA - UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

Henry Miller

Blaise Cendrars

José Roberto Cea

Alfonso
Quijada Urías

Italo López Vallecillos

Roberto Armijo

Roque Dalton

Manlio Argueta



43

JULIO DE 1969

Defensa de la libertad de

LEER

El Fiscal de la Corona (de Noruega) ordenó el 10 de mayo de 1957 que el libro *Sexus* (la Crucifixión Rosada), del escritor norteamericano de fama mundial Henry Miller, fuera confiscado, sosteniendo que se trataba de "literatura obscena".

Hasta entonces el Volumen I de la edición danesa se había vendido por más de ocho meses en el mercado noruego en las más reputadas librerías del país.

Confiscáronse ejemplares del libro en nueve librerías. Se llevaron adelante procedimientos judiciales contra dos de los libreros, elegidos al azar.

En una sentencia que pronunció el Tribunal de Oslo el 17 de junio de 1958, declaró culpable a ambos libreros de haber "ofrecido a la venta, exhibido o favorecido de cualquier otro modo la difusión literaria obscena", sentencia que ahora ha sido apelada ante la Corte Suprema.

He tenido el placer y el privilegio de actuar como abogado defensor. Como resultado de mi intervención oficial en este caso, disfruté de cierto contacto personal, por correspondencia, con ese eminente autor y ferviente ser humano llamado Henry Miller.

La carta que me envió, reproducida en este documento y que constituye la ardiente apelación de Henry Miller al Tribunal de la Corte Suprema de Noruega, la escribí para colaborar en la defensa del más importante bastión de la libertad, la democracia y el humanismo: la libertad de leer.

Tryge Hirsch
Big Sur, California
27 de febrero de 1959.

Mr. Tryge Hirsch
Oslo, Noruega
Estimado Mr. Hirsch:

Contesto a su carta del 19 de enero en que usted me pide una declaración que pueda emplearse en el juicio que la Corte Suprema ventilará en marzo o abril de este año. Me resulta difícil ser más explícito que lo que lo fui en mi carta de 19 de septiembre de 1957, cuando se vio el caso de mi libro *Sexus* en los Tribunales de Oslo. Sin embargo, he aquí otras reflexiones ulteriores que, según confío, usted encontrará a propósito.

Cuando leí la decisión del Tribunal de Oslo, que usted me envió hace unos meses, la leí con sentimientos entremezclados. Si a veces me eché a reír a carcajadas —en parte a causa de la traducción defectuosa y en parte a causa de la naturaleza de las infracciones enumeradas confío que nadie se moleste por ello. Tomando el mundo tal cual es, y a los hombres que hacen y ejecutan las leyes tal cual son, consideré la decisión tan justa y honrada como un teorema de Euclides. No se me escaparon, ni me dejaron indiferente, los esfuerzos realizados por el Tribunal para hacer una interpretación más allá

de la estricta letra de la ley. (Tarea imposible, digo, pues si las leyes están hechas para los hombres y no los hombres para las leyes, no es menos cierto que algunos individuos están hechos para la ley y sólo pueden ver las cosas a través de los ojos de la ley).

Debo confesar que no me impresionaron las abrumadoras, y a menudo pomposas o hipócritas opiniones aducidas por los hombres de ciencia, los literatos sabihondos, los psicólogos, los médicos, etc. ¿Cómo podían impresionarme cuando precisamente disparo con tanta frecuencia mis flechas contra esos individuos estrechos y desprovistos de humor?

Al volver a leer hoy el extenso documento, tengo más conciencia que nunca de la absurdidad de todo el procedimiento. (¡Qué fortuna que no se me acuse de "pervertido" o "degenerado", sino simplemente de alguien que hace del sexo algo agradable e inocente!). A menudo la gente se pregunta por qué, teniendo como tengo tanto que decir, introduzco en mis libros escenas perturbadoras, polémicas, que tratan del sexo. Para contestar adecuadamente semejante pregunta, uno tendría que retornar al claustro materno, con la guía del psicoanalista o sin ella. Cada cual —los sacerdotes, los psicoanalistas, los abogados, los jueces— tienen su propia respuesta, habitualmente una respuesta prefabricada. Pero ninguno de ellos avanza suficientemente lejos, ninguno de ellos es suficientemente profundo, ninguno de ellos lo abraza todo. La respuesta divina, desde luego es: ¡ven la paja en el ojo ajeno pero no ven la viga en el propio!

Si estuviera allí, en la barra, mi respuesta probablemente fuera: "¡Culpable! ¡Culpable de los noventa y siete cargos! ¡A la horca!" Pues cuando adopto el punto de vista estrecho, de los miopes, comprendo que era culpable aun antes de escribir el libro. En otras palabras, culpable porque soy el que soy. Lo asombroso es que aun ando por la calle como un hombre libre. Me deberían haber condenado en el preciso momento en que salí del vientre de mi madre.

Aquel desgarrador relato de mi retorno al seno de la familia ofrecido en Reunión en Brooklyn finalizaba con estas palabras, cada una de las cuales subrayo enfáticamente: "Considero el mundo entero como mi patria. Habito la tierra, y no determinada región de ella llamada Estados Unidos, Francia,

Alemania o Rusia... Debo respeto y veneración a la humanidad y no a determinado país, raza o pueblo. Respondo ante Dios, y no ante el jefe del ejecutivo, quienquiera que fuere. Estoy aquí, en la tierra, para labrar mi propio y único destino. Mi destino está ligado al de todas las criaturas que habitan este planeta... y quizás también al de aquéllas de otros planetas, ¿quién puede saberlo? Me rehusé a comprometer mi destino, me rehusé a aceptar que la vida esté circunscrita dentro de estrechos límites. Disiento de los puntos de vista corrientes en cuanto al asenato, en cuanto a la religión, en cuanto a la sociedad, en cuanto a nuestro bienestar. Procuraré vivir mi vida concordantemente con la visión que tengo de las cosas eternas. Digo: ¡Que la paz sea con vosotros! Si no la encontráis es porque no la habéis buscado".

Es curioso —y espero que esto no esté fuera de lugar— mencionar la reacción que me provocó la reciente lectura de Homero. A pedido del editor Gallimard, que saca a luz una nueva edición de la *Odisea*, escribí una breve introducción a esa obra. Nunca había leído *La Odisea*, sólo había leído *La Iliada*, y eso sólo unos pocos meses atrás. Lo que deseo decir es que, después de haber esperado sesenta y siete años para leer estos clásicos universalmente estimados, encontré en ellos no poco de menosprecio. En *La Iliada*, o "el manual del carnicero", como la llamo, más que en *La Odisea*. Pero no por ello se me ocurrirá decir que se prohíba su difusión o que se los quemé. Tampoco temí, cuando terminé de leerlos, que saldría a la calle con un hacha en la mano para asestar hachazos como un poseído a diestra y siniestra. Mi hijo, que tenía nueve años cuando leí *La Iliada* (en una versión para niños), mi hijo que confiesa que "le agrada el crimen de tarde en tarde", me dijo que estaba harto de Homero, de toda esa carnicería y de todas absurdidades sobre los dioses. Pero nunca temí que este hijo mío, que ahora va por los once años y que es ávido lector de nuestras detestables "historietas cómicas", devoto de Walt Disney (que en modo alguno es mi gusto), ardiente partidario del cine, particularmente de las películas del "Far West", nunca temí, digo, que llegue a ser un asesino. (Ni aun cuando el ejército se lo exija). Me gustaría que se interesara por otras cosas, y hago cuanto puedo por lograrlo, pero, como todos nosotros, es un producto de la época. No es necesario, según me parece, que hable de los peligros que nos acechan a todos nosotros, especialmente a los jóvenes, en esta época. Lo cierto es que la amenaza varía en cada época. Se trate de la brujería, la idolatría, la lepra, el cáncer, la esquizofrenia, el comunismo, el fascismo y qué sé yo qué, lo cierto es que siempre hemos de librar una batalla. Raras veces vencemos realmente al enemigo, cualquiera sea el modo en que éste se presente. A lo sumo, quedamos inmunizados. Pero jamás conocemos, ni podemos prevenirlos, los peligros que nos acechan en la esquina. Por más conocimientos que tengamos, por más prudentes y cautos que seamos todos tenemos un talón de Aquiles. La seguridad no le está reservada al hombre. Contra los golpes del destino las únicas defensas del hombre son la prontitud, la rápida respuesta, el ojo alerta.

Sonríe para mis adentros al decir a los honorables miembros de la Corte, dispuesto como estoy a aferrar el toro por las astas, lo que sigue: ¿le agrada saber a la Corte que, según opinión general, paso por ser un individuo cuerdo, saludable, normal? ¿Que no se me considera un "adicto del sexo", un pervertido y ni siquiera un neurótico? ¿Que ni siquiera se me tiene por un escritor pronto a vender su alma por

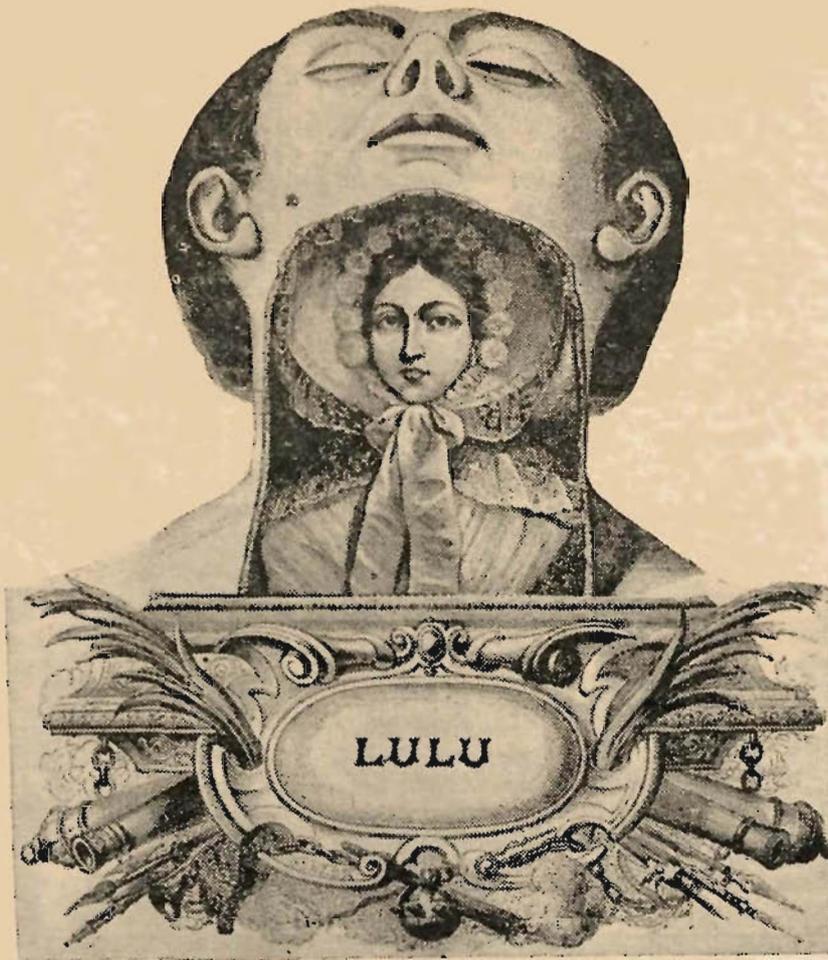
dinero? ¿Qué como marido, padre, vecino, se me considera un hombre de bien, un factor positivo en la vida de la comunidad? ¿Esto suena un tanto ridículo? ¿No es cierto? ¿En éste el mismo *enfant terrible* —podría preguntarse— que escribió los incalificables *Trópicos*, la *Crucifixión Rosada*, *El Mundo del Sexo*, *Días tranquilos en Clichy*? ¿Es qué se ha reformado? ¿O simplemente, es que chochean?

Para ser preciso, la cuestión es ésta: ¿Son una y la misma persona el autor de estas obras discutidas y el hombre llamado Henry Miller? Respondo que sí. Y también me identifico con el protagonista de estas "novelas autobiográficas". Esto tal vez resulte difícil de tragar. Pero, ¿por qué? ¿por qué me comporté desvengonzadamente al revelar todos los aspectos de mi vida? No soy el primer autor que haya adoptado el estilo confesional, que haya desnudado la vida o se haya servido de un lenguaje presuntamente inadecuado para los oídos de las escuelas. De haber sido yo un santo que refiere su vida de pecado, acaso esas categóricas afirmaciones relacionadas con mis hábitos sexuales se hubieren encontrado esclarecedoras, particularmente por parte de los sacerdotes y médicos. Hasta se las hubiere encontrado instructivas.

Pero no soy un santo, y probablemente jamás lo sea, si bien al hacer este aserto recuerdo que me llamaron santo más de una vez individuos a quienes la Corte jamás sospecharía capaces de sustentar semejante opinión. No, no soy santo, ¡gracias a Dios! Y ni siquiera soy propagandista de un nuevo orden. Soy simplemente un hombre, un hombre nacido para escribir y que ha tomado como tema la historia de su vida. Un hombre que, al referir su vida, ha puesto en claro que la vida es buena, rica, alegre, a pesar de los altibajos, a pesar de las barreras y obstáculos (muchos de ellos alzados por él mismo), a pesar de la situación desventajosa en que lo colocaron los códigos y convenciones estúpidas. En verdad, espero haber hecho algo más que poner esto en claro porque, cuanto pueda decir acerca de mi vida, que no es nada más que una vida, no ha sido para mí sino un medio de hablar acerca de la vida misma, y cuanto he intentado, desesperadamente a veces, poner en claro es que considero que la vida es buena, buena sin limitaciones, que creo que somos nosotros quienes la hacemos insoponible, nosotros y no los dioses, el destino ni las circunstancias.

Al hablar de esta suerte, recuerdo de pronto ciertos pasajes de la decisión del Tribunal en que se reconoce mi sinceridad así como mi capacidad para pensar rectamente. En estos pasajes queda dicho implícitamente que a menudo soy deliberadamente oscuro y que mis vuelos "metafísicos y superrealista" son presuntuosos. Tengo de sobra conciencia de la diversidad de opiniones que estas "digresiones" suscitan en mis lectores. Pero, ¿cómo he de responder a tales acusaciones si éstas tocan la misma médula de mi ser literario? Habré de decir: "Ustedes no saben de qué hablan? ¿Habré de pronunciar nombres solemnes —"autoridades"— para contrabalancear estos juicios? ¿O no sería más simple decir, como dije antes: "¡Culpable! ¡Culpable de todos los cargos, su Señoría?"

Créame, no es una travesía, pícaro perversidad la que me lleva a pronunciar, aun cuando la pronuncie con cierto humor, la palabra "Culpable". Soy hombre que cabal y sinceramente cree en lo que dice y hace, aun cuando esté equivocado, y, por ello, ¿Acaso no es más consecuente con mi conducta que me reconozca "culpable" que el que intente defenderme de aquéllos que emplean esta palabra volublemente? Sea-



mos honrados, ¿Creen verdaderamente los que me juzgan y condenan y no necesariamente en Oslo sino en todo el mundo— que soy un delincuente, un “enemigo de la sociedad” como a menudo afirman categóricamente? ¿Qué es lo que les perturba tanto? ¿La existencia de una conducta inmoral, amoral, o insocial como la que se describe en mis obras, o la exposición de semejante conducta en letra impresa? ¿Se comportan en verdad las gentes de hoy de ese modo “vil” o estas acciones son meramente producto de una mente “enferma”? (¿Acaso decimos que sean “mentes enfermas” Petronio, Rebelais, Rousseau, Sade, para no mencionar sino a unos pocos?) Con seguridad, todos tenemos amigos o vecinos que gozan de buena reputación y cuya conducta es tan discutible como la del protagonista de mis obras, o acaso más aún. Como hombre que pertenece al mundo, conozco de sobra que el patrimonio de una sotana sacerdotal, de una toga judicial, del uniforme de un maestro, no ofrece garantía alguna de inmunidad a las tentaciones de la carne. Estamos todos en la misma olla, todos somos culpables o inocentes, según adoptemos el punto de vista de la rama o el punto de vista olímpico. Por ahora, no pretenderé graduar la culpa de nadie, no liré, por ejemplo, que un criminal es más o menos culpable que un hipócrita. No hay crímenes, no hay guerras, no hay revoluciones, cruzadas inquisicionales, persecución e intolerancia, porque algunos de nosotros seamos malvados, mezquinos de espíritu o asesinos de corazón: existe esta maligna condición de los asuntos humanos, porque todos nosotros, tanto los justos como los ignorantes y los malévolo, carecemos de verdadera tolerancia, verdadera compasión, verdadero conocimiento y comprensión de la naturaleza humana.

Para decirlo sucinta y simplemente, he aquí mi actitud básica frente a la vida, en otras palabras mi plegaria: “Dejemos de frustrarnos unos a otros, dejemos de juzgar y condenar, dejemos de asesinarnos unos a otros”. No imploro que se suspenda el juicio sobre mi obra. Ni yo ni mi obra somos tan importantes. (Uno llega, otro se va). Lo que me preocupa es el daño que se hacen ustedes mismos al perpetuar este colquio sobre culpabilidad y castigo, sobre prohibición y proscripción, sobre encubrimiento de faltas y condena, al cerrar los ojos cuando ello resulta conveniente, al crear víctimas propiciatorias cuando no encuentran otras salidas. Las pregunto lisa y llanamente: ¿acaso el desempeño de su función de jueces los hace vivir más plenamente? Cuando ustedes prohíban mis libros, ¿encontrarán más sabrosos los manjares y el vino, dormirán mejor, serán hombres mejores, mejores maridos, mejores padres que antes? Estas son las cosas que importan: lo que les ocurra a ustedes, no lo que a mí me hagan.

Sé que está fuera de lugar que el hombre sentado en el banquillo haga preguntas: está allí para responderlas. Pero no puedo considerarme un delincuente. Estoy simplemente “fuera de la línea”. Sin embargo estoy dentro de la tradición, por así decirlo. La lista de mis precursores llevaría páginas, páginas, y páginas. Este juicio ha venido viéndose desde los días de Prometeo. Y hasta antes de eso. Desde los días del arcángel Miguel. En un pasado no

muy remoto, a un hombre se le hizo beber la copa de cicuta; se lo había acusado de “corruptor de la juventud”. Hoy se lo considera uno de los espíritus más sanos, más lúcidos que hayan existido. Y nosotros, aquéllos a quienes eternamente se nos siguen procesos criminales, no podemos hacer nada mejor que recurrir al celebrado método socrático: nuestra única respuesta es devolver la pregunta. Son muchas las preguntas que uno podría hacer a la Corte, a cualquier Corte. Pero, ¿obtendríamos acaso respuesta? ¿Acaso puede discutirse la autoridad de la Corte de la Tierra? Me temo que no. El cuerpo judicial es un cuerpo sacrosanto. Gran infortunio tal como lo veo, pues cuando se presentan problemas de verdadera trascendencia la única Corte capaz de fallar es, en mi opinión, el público. Allí donde se trate la administración de justicia, la responsabilidad no puede desviarse a unos pocos elegidos sin que de ello resulte la injusticia. Ninguna Corte podría funcionar si no siguiera los carriles de acero de los precedentes, los tabúes y los prejuicios.

Vuelvo al extenso documento que contiene la decisión del Tribunal de Oslo, a la enumeración de todas las infracciones al código moral por mí cometidas. Hay algo aterrador y descorazonador en tal denuncia. Tiene un aspecto medioeval y nada tiene que hacer con la justicia. La misma ley aparece allí ridícula. Una vez más, permítaseme decir que no prorrumpo en injentivas contra los Tribunales de Oslo ni las leyes ni códigos de Noruega. En el mundo civilizado, por doquiera, las mormonías y pelitreques se manifiestan como la voz de la Inercia. El imputado que comparece ante la Corte no es juzgado por sus pares, sino por sus antepasados muertos. Estos endeble diques no salvaguardan los códigos morales, eficaces sólo cuando se hallan de conformidad con las leyes naturales o divinas; por lo contrario, se revelan débiles e inefectivas barreras.

Y finalmente, he aquí el busile: ¿Acaso impedirá efectivamente la ulterior circulación de este libro una decisión adversa de esa Corte o de cualquier otra Corte? La historia de casos similares autoriza a creer todo lo contrario. Sin duda alguna, un veredicto desfavorable sólo añadirá leña al fuego. La proscripción sólo lleva a la resistencia; la lucha prosigue subterráneamente y, por lo tanto, se torna más insidiosa, resulta más difícil sofocarla. Si un hombre sólo lee en Noruega el libro y cree, con el autor, que uno tiene derecho de expresarse libremente, la batalla está ganada. Es imposible eliminar una idea suprimiéndola, y la idea enlazada a este juicio es ésta: la libertad de leer tanto lo que es malo como lo que es bueno para uno, así como lo que es simplemente inocuo. ¿Cómo herir de guardarnos del mal, en suma, si no sabemos qué es el mal?

Pero lo que el libro *Sexus* ofrece al lector noruego no es algo malo, algo ponzoñoso. Es una dosis de vida que primero me administré a mí mismo; yo sólo sobreviví a ella sino que me fortaleció. Por cierto, no lo recomendaría a infantes, del mismo modo que no ofrecería a un niño una botella de aguardiente. Puedo decir, sin ruborizarme, que comparado con la bomba atómica, está pleno de cualidades dispensadoras de vida.



HENRY MILLER

Sobre las palabras. Filología del taburete. Estudio Clínico sobre Charlie Brown

Decía Charlie Brown que el contenido filológico de nuestros actos no es sino la repetición constante del ruido de las alcantarillas, ese moderno laboratorio de la comunicación; entiéndase que vivimos a expensas del desarrollo de la historia, que ésta se sitúa al lado de los actos más violentos y que nadie puede escapar a su designio criminal, estamos al borde de triturar la belleza y lanzarla al mingitorio de cierta ética impura, porque está claro que al montarnos al ascensor éste nos da su estrechez, sus lados topados de encierro y que lo demás, el vacío, es nuestra visión del mundo como objeto escatológico, vivimos para asustarnos cada vez más de nosotros mismos, pobres morsas en estado de degeneración, nuestros ruidos son las palabras, que irresponsables e irrespetuosos no osan oír, el hecho filológico está condicionado por el hecho biológico, descomer es el acto más puro de la creación, interpretar la vida con lentes gruesos que disminuyen su tamaño natural

es lo más pobre dentro de ese proceso decadente de cortar el desarrollo normal, la actitud cambiante de nuestra lengua, de nuestro diario crecer dentro de este encierro asexual, barroco en su sentido pleno; si las palabras ocurren precisamente bajo cierta crisis, en estados suprarreales, cuando todo está por chocar en algún lado lleno de hermetismo, de las individualidades más terribles, de egoísmos a lo humprey bogart, es a todas luces irrespetuoso crear verdaderos confesionarios públicos, trampas para cazar lo sincero, lo glandular, para luego separar ese tripero del bien con el mal. Esto podría significar en un futuro una especie de diálogo de Platón o un verdadero consomé rebelasiano; nos importa la destrucción, el mal, los bajos fondos, la lengua como ese tubo donde se filtran ciertas monstruosidades nerviosas, la enorme contradicción reside en que los escritores son los mudos más solitarios a la vez que héroes de las palabras, un sonido emitido

por éstos es capaz de desembadurnar los oídos del inquisidor, sea éste vecino o pasajero en este ir y venir de personajes vestidos a la usanza de otro siglo, comerciantes, gandules, policías, hipócritas, degenerados, locos, siquiátras, etc. Para el caso este edificio se vendrá a pique toda vez que el dedo amenazador de Charlie Brown lo señale; está comprobado que el uso de las buenas palabras conducen a un hecho pornográfico decadente, a una experiencia donde nos toca entrar al circo con un globo desinflado. Nuestra defensa de lo asqueroso no es sino una atribución del purismo, una especie de tedio dominical en ese templo de las irreverencias. Los clásicos, lo son precisamente por estar más cerca de la caries, de la descomposición; porque parte de su catarsis estuvo en comerse sus órganos, en revolver sus tripas y ponerse sardónicos a la hora de estar serios. Grandes por haber hecho del desorden un orden sagrado, un verdadero acto

vandálico, un crimen astuto en un tiempo más cerca de lo obsceno que de lo celestial, de lo cubierto hasta el codo por gruesas telas y prendas de ridículo uso. Con Charlie Brown se inicia este líquido antipático, de mucha sinceridad, que encara con verdadera responsabilidad el sentido de las palabras, como mierda, y se pone en tela de juicio lo cómodo, lo servil a una casta descompuesta, precisamente a esa casta de la Iliada como manual para carniceros o esas lecturitas de escritores hermafroditas o lectores femeninos. Brown ese avestruz de las grandes defecaciones mentales, será testigo o creará testigos de esta historia, inmensa creación de mingitorios, de esta historia subida en un cohete de verdaderas conquistas en el terreno de la filología, de las palabras como material de relación entre mudos y charlatanes, entre picaros y bandidos, entre explotados y explotadores, un terreno de nuestros recursos mentales, de nuestro sagrado y decadente estiércol de niños pálidos, monstruos entrando a un circo rojo con un globo de colores. Este es el Fin.

Alfonso Quijada Urias



1) DOMESTICA (19...)

Te desnudaré y bajarás hacia mí confiada en tu candor de antes, sin pronunciar la palabra de todos los días, sin decirme siquiera: —“Tente, que el Formador ha inaugurado la semana de su furia y no se aprueba en estos días hacerse de la vista gorda”. Buscas mi perdición, buscas mi perdición. Cerrarás los ojos y me besarás las pestañas y tu aliento penetrará en el rincón de mis audacias. “A propósito —me dirás luego— has visto cómo son bellas las rosas del jardín de ese nuevo vecino, el del aspecto desvalido pero nada difuso, ¿cómo dirías tú?” Y yo intentaré hablarte de

Roque Dalton

Los Poemas

mis viejos tiempos (de la cárcel, de la monjita esa; del retrato que me dedicó Marinello) y te pediré que abras una lata de cerveza y que traigas el caviar (aunque haya de comenzarse el pote grande, el último) y comenzaré a hablar de mi desesperación por París y de que es falso al fin de cuentas (oh blasfemia) que yo lleve esa incomprensible basura de tanta sangre indígena en las venas y de que esto no podrá seguir por mucho tiempo así, que yo deberé volver a casa, al Partido, a mi hora

de hacerse matar por las cosas en que uno cree antes de encontrar a una mujer como tú. En fin, algo como eso. Y tal vez finja odiar tu despreocupada desnudez, mi pececillo, a tal grado que tú también piensas si no será mejor mandarlo todo al diablo, aunque no haya nadie en la vida que te haga lucir radiantes, hasta gorditas, las rosas que amas recibir al crepúsculo.

2) TEORIA SOBRE TACTICA

La carrera de Historia hace

bellas a las chicas que no han cumplido aún los veinte años. No importa cuán tuertas, picadas de viruela o acné, gordas, jorobadas, mal olientes, desdentadas, patizambas, achacosas, difusas, torvas o accidentadas hayan sido hasta entonces. La carrera de los pechos relucientes, las nalguitas. Averigua, nivela un muslo allá, flexibiliza el arco que ya para siempre maravilloso formará el pie derecho, remodela con el dedo meñique el ombligo hasta hacerlo turbador, reduce el pubis, y lo aromatiza como la niebla en la caverna de las flores, sitúa la cadera mundial y deja el rostro apto para el espejo de la Gran Egoísta.

Persecución. Auxilio

Manlio Argueta

Aquí comienza la ciudad. Si los ojos la recorrieran a la velocidad de la luz, apenas tardaría la mirada unos treinta milésimos de segundo; de extremo a extremo, por sus puntos donde se alarga: desde la entrada por la Terminal de Oriente, más en concreto: desde esa estatua brillante del General Manuel José Arce (brillante porque todas las semanas le dan lustre con pasta metálica) hasta el monumento a la Revolución del 48 (la Revolución, como dice el pueblo por eso de los nuevos ricos), enclavado en el volcán Jabalí, en el barrio de los barones del café. En los treinta milésimos de segundo habrás recorrido de largo a largo el tembloroso valle de las hamacas, sus edificios, sus calles, sus automóviles, sus trenes, mil veces azotados por el fuego, dos mil veces destruidos por los terremotos; varias veces fustigados por los tanques de guerra o por los escuadrones policiales que van y vienen en busca de contrabandistas, de ladrones... y de fanáticos. Varias veces bloqueados para que el Señor Presidente de la República (con el debido respeto y mi alta consideración hago saber a los pies de usted) pueda asistir a una función de strip-tease sin correr el peligro de un pistoletazo.

Pero si no viajas con la mirada, puedes subirte a un bus de la

ruta 7, se toma al pie del monumento a Arce y te lleva a la Escalón. A los pocos minutos estás en la fuente luminosa, esa donde se van a mear los perros y a cagar los mendigos, viejo monumento copiado por los romanos donde Zoilo se iba a lavar el culo. Entrás al ghetto de las prostitutas baratas y llegas a la cercevería nacional; muy peligroso el paso pues está habitado por ladrones; el tren marcha a flor de tierra y pasa a la orilla de las casas. Esta es la puerta del Este, en el Barrio Lourdes, que abre paso para la Avenida Independencia, la zona de las prostitutas un poco más caras. A uno y otro lado se ven los muñequitos de yeso sentados en pedestales de hormigón, dicen que son los próceres Matías Delgado, Simeón Cañas, Juan Manuel Rodríguez, los padres Aguilar, etc., con los labios o la boca pintada de rouge porque las prostitutas, cansadas de acostarse con hombres corrientes de carne y hueso, llegan a besar a los independentistas. La voz pública le llama La Avenida, pero el oficialismo (va de darle a los símbolos patrios) la ha bautizado como Avenida Independencia, nadie sabe por qué: si por adorar a los próceres o por homenaje a los próceres o porque ese es un lugar donde se practica un poco más de libertad.

Y así pasas entre cada "bus stop" por esas pájaras que asoman sus cabezas en los balcones y te llaman con un silbido o una canción romántica o un gesto con el puño. De la Avenida pasas a la Calle Delgado, presbítero y doctor José Matías Delgado, el hombre que hizo la Independencia de Centroamérica de la manera más curiosa: se encaramó a una torre (el monumento frente a la policía) y tocó las campanas de la libertad. Desde entonces fuimos libres del yugo español; por la proeza, el presbítero y doctor fue elevado a la más alta investidura eclesiástica por las autoridades locales y más tarde ratificado por los colonialistas cuando estos se les había olvidado el dolor de cabeza que les dio el repique de las campanas.

En la Calle Delgado, comienzas a conocer esta ciudad que te recuerda a otra ciudad igual por sus cerros y miradores; pero distinta por dentro, por lo que tiene de atraso, de golpeada como si se llevara siempre en los talones y le dieras una paliza cada vez que la miras y no la miras; como si tu cuerpo estuviera acostado, desnudo en un lecho mieloso y semi cubierto por frazadas de aceite Eldorado o manteca de cerdo El cochinito. Todo es querer o no querer; y miras el cielo gris como

una cantina de agua sucia; las calles donde reposan los mendigos y la gente desocupada que no se sabe de dónde sale ni que hace, ni qué come ni para dónde camina en manadas pacíficas aullando y buscando en los cajones de basura. Así los vemos desde la primera esquina de la Calle Delgado: los vagos, dicen los sociólogos; pero algo hacen cuando meditan la existencia de las cucarachas que se esconden bajo la hierba fresca del Mercado Cuartel; o cuando miran las ratas que salen de las alcantarillas; o cuando quieren componer el mundo en esa actitud metafísica del ser (y otras pamplinas). Más bien es una actitud para atizar el fuego.

* Fragmento de la novela El Valle de las Hamacas, que saldrá publicada en febrero de 1970. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina.

LA PAJARA PINTA

RESPONSABLES

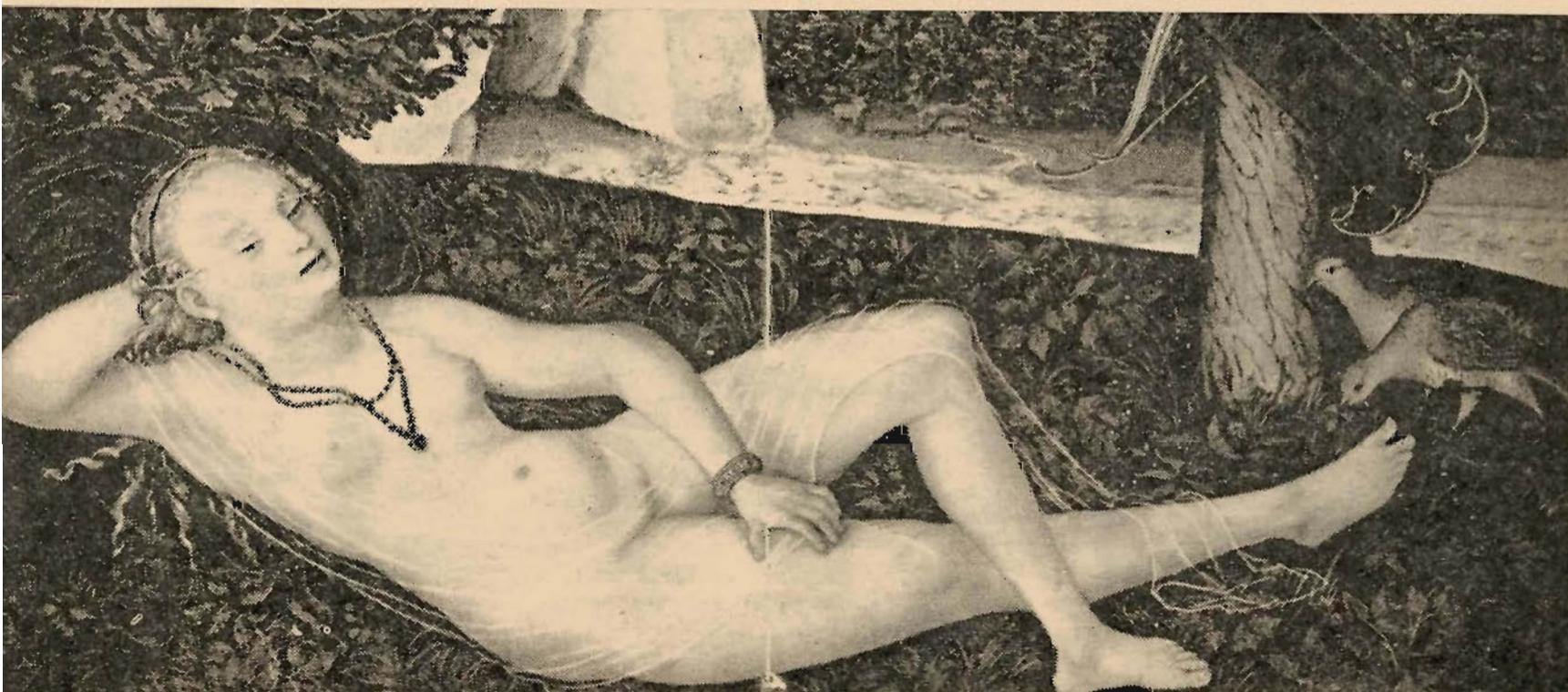
Italo López Vallecillos

Manlio Argueta

Alfonso Quijada Urias

José Roberto Cea

Imprenta Universitaria 5a. Calle Ote.
220, San Salvador, El Salvador, C. A.



JUGANDO A LA GALLINA CIEGA



La Vieja

Qué dices maldito desvergonzado. Tú, viejo pícaro, has sido el que ha tramado todo

El Viejo

¿Qué dices?...

La Vieja

Qué tú eres el culpable de todo (se sueltan y sientan en el piso. La luz debe bañarlos. En penumbra lo demás)

El Viejo

Eres una momia cínica

La Vieja

Y tú un cabro

El Viejo

(le hace un ademán con el puño)

Si repites esa palabra te...

La Vieja

El qué viejo de mierda

El Viejo

Te mato

La Vieja

(riéndose destempladamente)
Qué me matas. Ah, Ja!...
Ja!... Ja!...

El Viejo

Qué te mato o te cabalgo

La Vieja

Que me cabalgas... Ja!...
Ja!... Ja!... Ja!... qué dices...
Já. Já... qué cabalgas! qué tonto eres! Si lo tienes como de chumpipe... pi... pi... pi... pi... pi...

El Viejo

¿Qué dices vieja momia?
¡vieja araña!...

La Vieja

(poniéndose a andar en cuatro patas)

¡Vaya... Vaya!... Yo soy su yegüita (da corcovos)

El Viejo

Se levanta (y salta) Y yo, su precioso caballito...

La Vieja

(riéndose, pero siempre en cuatro patas)

Pero si usted es un chumpipe... pi... pi... pi

El Viejo

¡Mira maldita!

La Vieja

(se arrodilla. Toma aire y se infla como un chumpipe. Se pega con las manos a los costados, baja la cabeza y la hace oscilar)
pi... pi... pi...

El Viejo

(con aire triste)
Yo no soy su pi... pi... pi... yo soy su...

La Vieja

Mi pipí...

El Viejo

(compungido, haciendo pucheros)

Yo... yo... soy su caballito usted es... mi... mi...

La Vieja

Su yegüita.

El Viejo (con ojos iluminados).

Mi yegüita (se alza y corre. Ella se incorpora y sale corcoveando como si fuera una yegüita).

La Vieja (relinchando).

Jijijiji... jijijiji...

El Viejo (al alcanzarla la tira al suelo. Se revuelcan. Al fin ella se aquieta. El se pone a horcadas sobre la Vieja).

Arré mi yegüita.

**Roberto
Armijo**



Encuentro en el bus

Italo López Vallecillos

Los pasajeros comenzaron a subir. Ella y yo quedamos cerca, muy juntos. El bus iba lleno, llenísimo. Nunca la había visto. El tiempo no existía. La gente que nos rodeaba estaba ausente. Me agarró muy fuerte del hombro. La tomé de la cintura. Nos miramos como los dos extraños que éramos. Su piel estaba pegada contra la mía. Todo su cuerpo vibraba. Toqué, con disimulo, sus senos y me abrazó fuertemente como si fuésemos amantes. Los pasajeros nos empujaban, el uno contra el otro. En una parada, cerca del parque central, me di cuenta que lo que hacía era indecente. Nadie, no obstante, lo advertía. Seguimos abrazados. En un acto de

reflexión aparté las manos de su cuerpo. Una señora me dio con el codo. Me empujó. Volví a tocarla. Sonrió. Sonreí. El bus seguía su ruta. Quise salir, bajarme y no pude. Ella hizo lo mismo. Estábamos condenados a seguir juntos. Nos conformamos. Me besó la nuca. Metí la mano en su blusa. Se llenó de éxtasis. La cubrí con mi cartera de vendedor de seguros. Ella me echó encima su bolso. Nos besamos mientras todos estaban ausentes. Nadie reparaba en nosotros. De pronto la gente comenzó a bajar. Quedamos solos, separados. No me atreví a hablarle. Nos sentamos en el mismo asiento. Rocé con suavidad sus piernas. Levanté un poco su vestido. Ella miraba por la ventanilla como sin darse cuenta. La acaricié. El motorista nos veía inquietos desde el espejo retrovisor. Le dije al oído que nos bajáramos. Me siguió sin contestar. Caminamos dos calles abajo, tomados de la mano. Entramos a un hotel. Hicimos el coito. Me habló de su marido, siempre ocupado en la oficina; sin atenderla, sin invitarla a bailar, sin llevarla de paseo. Yo le dije de mi mujer siempre en los te-party, en los salones de belleza. Nuestras vidas eran grises, rutinarias. Volvimos a hacer el coito, satisfechos, plenos. Nos entendimos muy bien. Y hasta nos perdonamos la forma en que nos habíamos conocido.



En N'Dugumane, cerca de Kahone, en el Salum, había una Uolova que llamaban Kumba N'Dao.

Al mismo tiempo, vivía en Diolof, en el pueblo de Sagata, un Uolof llamado Mademba Dieng.

Cuando Kumba se peía, todo lo que sus gases encontraban a su paso, se quebraba como una paja. De suerte que la expulsaron de su pueblo, porque su cañón natural había estropeado a mucha gente.

Mademba tuvo que largarse de Sagata por el mismo motivo.

Ambos se encontraron en la manigua.

—¿Por qué estás aquí? —interrogó Mademba.

Kumba respondió:

—Me han obligado a marcharme del pueblo, porque cada vez que me peía mataba a mucha gente.

—¿Anda —exclama Mademba! Justamente por eso me han expulsado del mío.

Se han casado y han vivido juntos cerca de un año. Un día riñen: Kumba se pee, y da en una pierna a Mademba. Pierna rota. Entonces, temiendo la furia de su marido, Kumba se da a la fuga.

Mademba se queda en su caba-

ña llorando. Pasa uno, que le pregunta:

—¿Por qué lloras?

—¡Ah! —gime el otro—. Mi mujer me ha roto una pierna peyéndose encima. Quisiera que me apuntasen el trasero en la dirección que lleva en su fuga, para peermé también y romperle una pierna.

El pasajero le prestó el servicio que pedía. Entonces Mademba tronó en la dirección que llevaba Kumba.

Kumba había llegado ya a un pueblo. Se oye venir el pedo de Mademba con el estrépido de un trueno.

—¿Qué pasa? ¿Pero qué pasa? —preguntaron los aldeanos, des-pavoridos.

—Es un pedo de mi marido —les explica Kumba.

El pedo irrumpe en la aldea. Kumba cae muerta la primera, y con ella todos los que se encontraban en sus inmediaciones. El pueblo se incendia.

Siete años estuvo el pedo girando como una tromba sobre las ruinas, como el aire removido al paso de un guinné. Después se remontó por el cielo y todo quedó concluido.



Don Juan 69 en América

Lo que escribí para ellas, fue dulce entonces...
Sigue dulce. Yo amarguísimo, con hijos
que de cuando en cuando
me empujan a vivir, eso me salva un poco...

Mujeres queridas: lanzallamas,
bestezuelas de odio, rencorosas,
hipócritas, soberbias, tomaron mi presencia
como propiedad privada...
Criaturas absorbentes, despiadadas,
feudales,
nunca fueron mi madre o el puro amor de amar...
pero sí me entregaron momentos memorables.

¡Oh!, mujeres que siempre amo de algún modo
como sufro en aquellos días de cada mes
cuando os desangráis por naturaleza.
Mes a mes ¡que carajo!
precisamente en esos días
sufriendo mi deseo de ser vuestro,
de perpetuar mi afán varonil de hombre en celo...
Digo que vuestra minifalda despierta incontenibles arrogancias,
deseos de continuar la especie
y vosotras os estábais desangrando...

En esos días
os siento más deseables...
¿Qué misterios tenéis ¡oh, mujeres! que os veo apetecibles
en los días difíciles del mes?
Todo fruto es secreto, todo fruto, no me digáis el sol de la inocencia,
quiero vivir en ascuas esos días en que os amo más que nunca.
(La mujer debe ser un misterio que no acaba
o pierde la mirada de los hombres.)

¡Oh mujeres! Mujeres que he amado llorando y con insultos,
malos pensamientos y buenas intenciones
más estupendos actos de adorarnos los templos.
Cuando os he tenido embarazadas, cuando os he tenido esperando
que nazca mi memoria, que salga mi proyecto dando gritos,
que salga mi perlita
¡cómo esperé que retornaran a la antigua figura que me mata!
Que me ha dado bajeles, que conocen mis manos...
Y comenté conmigo y me dije gozoso
antes que los vecinos murmuraran:
¡Qué estupenda mujer, cómo ha quedado!
Con un poco de miedo y nostálgica
y cuidando mi vida más que ayer.
Más deseable, más bruja, más de experiencia está.
Dan ganas de hacerle otro muchacho...

Hembras que he querido y quiero de algún modo, dulzuras en la miel,
cargantes, lo son todo, queridas, lo son todo.
No hay fruto sin secreto
pero más misteriosas resultaron ustedes en mi lecho.
Casi lloro ese día, casi vuelo.
Casi salgo a contarle a los vecinos,
por que os digo, mujeres que amo, que los vecinos os quisieran tener
como yo he usado vuestras naves cuando voy navegando entre la vida
y la muerte.
Los vecinos no se conforman con lo de ellos.
Soy igual a los vecinos
en esas cosas...

Vosotros que habéis leído este poema, vosotros que escucháis estos
[versos de amor,
no penséis que después voy a desnudar a las mujeres.
Ni vosotras bestezuelas queridas, amorosas matronas de la historia
penséis que os voy a desnudar en pleno verso...

José Roberto Cea

